

LA CONFIRMACION.

LOS apóstoles que estaban en Jerusalem, supieron que los de Samaria habian oido la palabra de Dios, y les enviaron á Pedro y á Juan, que cuando llegaron, hicieron oracion por ellos, á fin de que recibiesen el Espíritu Santo, pues todavía no habia descendido sobre ellos, y estaban solamente bautizados en nombre del Señor Jesus. Entonces recibieron el Espíritu Santo (1).

Este sagrado testo prueba el origen y la alta antigüedad del sacramento de la Confirmacion, sacramento que sigue al bautismo y que completa la gracia.

Otros pasajes del Evangelio, se refieren á la confirmacion, y demuestran que es de institucion divina. Jesus dice á sus apóstoles: *Yo rogaré á mi Padre, y él os dará otro consolador, á fin de que permanezca con vosotros para siempre: este es el Espíritu de verdad* (2).

En otra ocasion le dice á San Pedro, hablando de los apóstoles: *Yo rogaré, no solamente por ellos, sino por todos aquellos que crean en mí por sus palabras* (3).

En los Actos consta, que San Pedro dijo á los que le escuchaban: *Que cada uno de vosotros reciba el bautismo, y recibireis el don del Espíritu Santo: porque la promesa os toca á vos y á vuestros hijos, y todos aquellos que son ahora alejados, pero que el Señor nuestro Dios llamará.*

En el capítulo 19, cuenta el escritor sagrado, que habiendo venido Pablo á Efeso encontró algunos discípulos que no habian recibido mas bau-

(1) Actos de los apóstoles, cap. VIII. v. 17.

(2) San Juan, cap. XIV.

(3) San Juan, cap. XVII, 20.



EL ESPECTADOR DE MEXICO.

LA CONFIRMACION.

Rafael y Vía, eci.ores.

A. Heimbürger le grabó en México.

(1) Actos de los apóstoles, cap. VIII. v. 17.
(2) San Juan, cap. XIV.
(3) San Juan, cap. XVII, 20.

tismo que el de San Juan, y que despues de las instrucciones del apóstol, recibieron el bautismo de Jesucristo. Despues de haber hecho estas cosas, dice el testo santo, fueron bautizados en el nombre del Señor Je- sus; y habiéndoles Pablo impuesto las manos, el Espíritu Santo descendió sobre ellos, hablaron diversas lenguas y profetizaron.

“Ved aquí ciertamente, un signo sensible y práctico de la gracia; ved aquí un verdadero sacramento de la nueva ley (1); tiene la materia y las palabras; imposición de manos y plegaria: tiene ministros; estos son los apóstoles y sus sucesores; tiene un efecto de sacramento, que es la gracia santificante ó el Espíritu Santo.”

Los antiguos Padres designan el sacramento de la confirmacion bajo diferentes nombres, y parecen complacerse en enaltecer su escelencia. Los nombres mas frecuentes, empleados por ellos para designarlo, son estos: La imposición de manos (2); el crisma de salud (3); el sacramento del crisma (4); el sello de la vida eterna (5); el sello real y la unción espiritual (6). Los griegos y los latinos lo llaman todavía con el nombre de perfeccion. En fin, San Ambrosio ha sido el primero que ha empleado la palabra CONFIRMACION, porque el principal efecto de este sacramento, es que fortifica y confirma nuestro corazon, contra todos los ataques y las seducciones del mundo. San Prudencio ha recapitulado en dos versos latinos, muchos de los nombres que en otro tiempo se le daban á este sacramento.

Inscripta oleo fronti signacula, per quae Unguentum regale datum est et chrisma parente (7).

El aceite ha marcado tu frente con el signo saludable, y dado el crisma inmortal, cuya ola pura y dorada con su real unción, te ha consagrado á Dios. San Cipriano, que ha seguido tan de cerca á los apóstoles, dice á propósito de la confirmacion: “Yendo Pedro y Juan á Samaria, cerca de aquellos que Felipe habia convertido, suplian lo que les faltaba, rogando é imponiendo las manos, para invocar y repartir sobre ellos los dones del Espíritu Santo: es lo que al presente se practica entre nosotros, donde aquellos que son bautizados en las iglesias, se presentan á los obispos á fin de que por nuestra plegaria, reciban el Espíritu Santo, y sean perfeccionados por el sello del Señor.”

- (1) Instituciones teológicas, por un doctor en teología.
- (2) August. de Bapt. contra Donat.
- (3) Leo: sermon IV, de Nativ.
- (4) August. lib. III.
- (5) Leo.
- (6) Teodoret. lib. IV.
- (7) Prud. in Psycham.

tismo que el de San Juan, y que despues de las instrucciones del apóstol, recibieron el bautismo de Jesucristo. Despues de haber hecho estas cosas, dice el testo santo, fueron bautizados en el nombre del Señor Je- sus; y habiéndoles Pablo impuesto las manos, el Espíritu Santo descendió sobre ellos, hablaron diversas lenguas y profetizaron.

“Ved aquí ciertamente, un signo sensible y práctico de la gracia; ved aquí un verdadero sacramento de la nueva ley (1); tiene la materia y las palabras; imposición de manos y plegaria: tiene ministros; estos son los apóstoles y sus sucesores; tiene un efecto de sacramento, que es la gracia santificante ó el Espíritu Santo.”

Los antiguos Padres designan el sacramento de la confirmacion bajo diferentes nombres, y parecen complacerse en enaltecer su escelencia. Los nombres mas frecuentes, empleados por ellos para designarlo, son estos: La imposición de manos (2); el crisma de salud (3); el sacramento del crisma (4); el sello de la vida eterna (5); el sello real y la unción espiritual (6). Los griegos y los latinos lo llaman todavía con el nombre de perfeccion. En fin, San Ambrosio ha sido el primero que ha empleado la palabra CONFIRMACION, porque el principal efecto de este sacramento, es que fortifica y confirma nuestro corazon, contra todos los ataques y las seducciones del mundo. San Prudencio ha recapitulado en dos versos latinos, muchos de los nombres que en otro tiempo se le daban á este sacramento.

Inscripta oleo fronti signacula, per quae Unguentum regale datum est et chrisma parente (7).

El aceite ha marcado tu frente con el signo saludable, y dado el crisma inmortal, cuya ola pura y dorada con su real unción, te ha consagrado á Dios. San Cipriano, que ha seguido tan de cerca á los apóstoles, dice á propósito de la confirmacion: “Yendo Pedro y Juan á Samaria, cerca de aquellos que Felipe habia convertido, suplian lo que les faltaba, rogando é imponiendo las manos, para invocar y repartir sobre ellos los dones del Espíritu Santo: es lo que al presente se practica entre nosotros, donde aquellos que son bautizados en las iglesias, se presentan á los obispos á fin de que por nuestra plegaria, reciban el Espíritu Santo, y sean perfeccionados por el sello del Señor.”

- (1) Instituciones teológicas, por un doctor en teología.
- (2) August. de Bapt. contra Donat.
- (3) Leo: sermon IV, de Nativ.
- (4) August. lib. III.
- (5) Leo.
- (6) Teodoret. lib. IV.
- (7) Prud. in Psycham.

Tertuliano, antes que San Cipriano, habia hablado claramente de la confirmacion y de la imposicion de manos, con la cual es administrada; porque despues de haber discurrido sobre el bautismo y sus efectos, la designa por los ritos que le son propios: "Habiendo salido del baño sagrado, nos untan de aceite bendito. . . . Esta uncion se hace sobre el cuerpo, mas su efecto lo produce sobre el alma; en seguida se nos imponen las manos para la bendicion, invitando é invocando al Espíritu Santo. El mismo Padre dice despues: *Coro manus imposition: alumbra-tur, ut et anima spiritu illuminatur.*"

La confirmacion supone necesariamente el bautismo, y durante muchos siglos, los fieles al salir de la piscina sagrada, recibian los dones del Espíritu Santo.

Leemos en la *Historia de los sacramentos de la Iglesia* (1): Los neófitos eran admitidos á la confirmacion, que recibian saliendo de las fuentes; y despues de haberla recibido participaban de la hostia vivificante con el resto de los fieles: así eran al mismo tiempo puestos en posesion de todos los bienes y de todos los provechos de la Iglesia.

Mas adelante: "la práctica de comulgar los niños recién nacidos estaba todavía en toda su fuerza, no solo en los siglos XII y XIII, sino que se observaba en Beauvais hace apenas trescientos años, como se ve por los ordinarios de esta Iglesia que pertenecen á aquel tiempo, y de allí ha venido la costumbre de llevar todavía al presente al altar mayor el niño recién bautizado; lo que se practica en toda la diócesis de Rouen (2)."

Puede ser que yo me deje seducir por el encanto que hay en todos los antiguos usos; mas espero que se me perdonará, porque las ceremonias de nuestra religion son santas y venerables, sobre todo, aquellas que hacen parte de la administracion de los sacramentos: al mismo tiempo, ellas son misteriosas y llenas de piedad: son las predicaciones mudas, por medio de las cuales los apóstoles y los primeros fundadores de las iglesias, nos hablan todos los dias, y nos hacen conocer nuestros deberes, llevándonos y escitándonos á cumplirlos.

La primera disposicion que se debe llevar para el sacramento de la confirmacion, es la de estar instruido en los principales misterios de la fé y de renovar su profesion. Hay tres principales misterios, que jamas debe perder de vista el cristiano, y que siempre y por siempre debe confesar: el misterio de la SANTISIMA TRINIDAD: el misterio de la ENCARNACION, y el misterio de la REDENCION.

Es preciso todavía que el aspirante á los dones del Espíritu Santo, se-

(1) Padre Chardon, vol. I cap. XI.

(2) Le Brun des Marettes.

pa la doctrina de los sacramentos, sobre todo del BAPTISMO, de la CONFIRMACION y de la PENITENCIA; la oracion dominical, el símbolo de los apóstoles, la salutacion angélica, y los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia.

Para ser admitido en las academias científicas y literarias; para ser contados entre los sabios y los doctos del mundo, es necesario probar una infinidad de conocimientos adquiridos por largos estudios: para ponernos en el camino del cielo; para hacernos participar de los beneficios de los sacramentos, no nos pide Dios tanto: él quiere la pureza antes que el saber. La ciencia que exige de nosotros, la podemos adquirir muy fácilmente: es la de la humildad y pobreza cristianas. El cura de aldea la enseña á los pequeños hijos de los labradores. Esta ciencia, indispensable á la salud, se contiene toda entera en un pequeño libro. . . . en el Catecismo.

A esta palabra veo á los volterianos, á los escépticos y los partidarios de la razon, filósofos del dia, sonreír de lástima, y encojer los hombros: ¡y bien! á pesar de su soberbia despreciativa, yo consagro toda mi admiracion, toda mi veneracion al libro honrado con su desden.

Este pequeño libro, que vemos en manos de los niños, y que enseña en su pobre iglesia el cura de campo, lo enseñaba por sí misma á sus hijos, Blanca de Castilla, bajo los dorados artesones de los castillos de Poissy, de Compiègne, de Fontainebleau, y del Louvre; y si Luis IX era siempre *humilde de corazon, justiciero y limosnero*, fué porque jamas olvidó los preceptos y doctrinas del catecismo (1).

El Catecismo se ha hecho con el Evangelio: ¿y no es en este libro divino donde se encuentran, mejor que en otros, mil lecciones de humanidad, de dulzura, de justicia, de caridad y de tolerancia. . . . ?

¿No es el Evangelio el que ha emancipado al mundo? ¿No es por él que todos nos llamamos hermanos, hijos todos de un padre comun; y es el que ha establecido una santa y verdadera igualdad?

¿No es en sus páginas donde aprendemos á ser caritativos y tolerantes para con todos, á socorrer al pobre, y á temer la suerte reservada al malvado rico. . . . ?

¿No es en él, donde está escrito: que el reino de los cielos no se abrirá jamas ni á los orgullosos, ni al opresor de la viuda y el huérfano, ni al que posee los bienes ajenos, ni al que no haya tenido piedad del hambriento y el sediento, ni lástima por los aflijidos y presos. . . . ?

El Catecismo es el libro de todos; grandes y pequeños, débiles y fuer-

(1) Vida y siglo de San Luis.

tes; el hombre del pueblo y el rey encuentran ambos allí trazado su deber por la mano de Dios.

Este manual de doctrina, nos enseña: "Que aunque la confirmación no sea tan necesaria como el bautismo, es sin embargo un gran pecado olvidar este sacramento; es desobedecer á Jesucristo, que lo ha instituido para fortificar en nosotros la gracia del bautismo, y que nos enseña tener allí un recurso para crecer en la vida espiritual."

El cristiano que recibe dignamente en el santuario de su alma la tercera persona de la Santísima Trinidad, posee en él la fuente de todas las perfecciones. Los dones que discurren de la confirmación se revelan por el suave olor de las buenas obras. Así también el perfume encerrado en una copa de arcilla, se esparce en derredor por su dulce emanación.

Aunque el Espíritu Santo no desciende visiblemente sobre aquellos á quienes "los sucesores de los apóstoles, nuestros obispos, administran el sacramento de la confirmación, lo reciben de una manera tan real, como si recibieron los apóstoles. Las maravillas exteriores, el viento impetuoso que estremeció el Cenáculo de los discípulos del Dios crucificado y resucitado, las lenguas de fuego que señalaron la bajada del Paráclito sobre los apóstoles, eran necesarios para conmover y convertir los judíos y los gentiles; pero estos prodigios no son necesarios al presente, en que la religión de Jesucristo se ha extendido por el mundo como una bienaventuranza."

Oigamos á San Agustín: "Los milagros eran oportunos en aquella época; faltaba que el Espíritu Santo fuese proclamado en todas las lenguas; porque el Evangelio tenía necesidad de recurrir á todas las lenguas para estenderse por todo el universo. Dios hizo comprender aquello por sus prodigios; después, los prodigios han cesado. ¿Acaso mirais todavía, si aquellos que os han impuesto las manos, porque reciben el Espíritu Santo, hablan diversas lenguas?"

Al presente, por el acto mismo del sacramento administrado por un obispo, desciende sobre nosotros el Espíritu Santo.

Cuando ha descendido, nos dá una alegría pura y sólida, que el mundo no puede dar; dulce paz, que nada puede turbar, porque ella nos eleva bien alto, fuera de las agitaciones de la sociedad. Con esta paz celestial, viene una paciencia, que ningún obstáculo irrita, que ninguna tardanza fatiga; una sabia y esclarecida deferencia, adelantándonos á los deseos de nuestro hermano; una bondad, toda amable, que no solamente nos desvía de contristar á nuestro prójimo, sino que nos lleva todavía á hacerle tanto bien, como deseáramos para nosotros mismos.

En el rito griego subsiste todavía la costumbre de confirmar los niños en cuanto son bautizados; y tal ha sido la constante disciplina de la Iglesia durante doce siglos. "Luego que en las pequeñas poblaciones, dice San Gerónimo, era conferido el bautismo por los sacerdotes ó los diáconos, el obispo, después de la Pascua, hacia sus escursiones para la imposición de manos invocando el Espíritu Santo." De aquí se sigue, que hasta hoy este sacramento pueda ser administrado á los niños, y que un obispo que lo confriese á estos niños en el acto de morir, no solamente no merecería censura, sino que sería digno de alabanza. "Este sacramento, dice Santo Tomás (1), debe ser dado lo mismo á aquellos que van á morir, á fin de que *aparezcan perfectos cristianos en la resurrección*," según esta frase de la Epístola á los Efesios: "Hasta que nosotros lleguemos á formar los hombres perfectos."

Dios ha dicho á Noé: "Los sentidos y los pensamientos del hombre, se dirijen al mal desde su adolescencia (2)." Es conveniente, pues, con los niños, desde que la razón comienza á apuntar en su joven inteligencia, redoblar los socorros y la protección celeste; porque á medida que se alejan de la piscina donde se han hecho cristianos, avanzan más en los senderos de la vida. Estos senderos, á su entrada están adornados de flores; pero bien pronto se suceden las zarzas y las espinas á los preciosos ramilletes y á las frescas guirnaldas. A medida que el niño aleja la distancia entre él y su madre, es necesario que su ángel guardian redoble su vigilancia, á causa de los precipicios y los abismos, de las seducciones y los peligros que obstruyen su camino. La religión, que sabe tanto las cosas de acá abajo como las del cielo, ha querido prevenir la infancia contra tantos escollos.

El lirio que crece en el fresco valle á orillas de las aguas, no ostenta aún abiertas sus blancas hojas, cuando el gusano que las roe, las marchita y las mata; se introduce sobre la verde cubierta del botón, para picarlo en su corazón. Sucede lo mismo frecuentemente con la adolescencia: entonces su ropa bautismal tiene las manchas bajo sus pliegues, cuando á la vista parece puro y cándido.

El catolicismo ha hecho bien en administrar el sacramento de la confirmación en esta época, donde acaba la infancia y comienza la juventud. Edad de transición, que ejerce casi siempre un poderoso influjo en el resto de nuestra vida. "Este momento en que el corazón no tardará en inflamarse por el fuego de las pasiones, es también el momento en que

(1) Part. III, cuest. LXXII, art. VII.

(2) Cap. VIII, v. 21. *Sensus et cogitatio humani cordis in malum prona sunt ab adolescentia sua.*

puede concebir la Divinidad. Dios desvía el inmenso espíritu que se apodera, que atormenta con frecuencia al adolescente, y que llena su alma engrandecida. Pero aumenta el peligro, se necesitan nuevos socorros para este extranjero sin experiencia, espuesto sobre el camino del mundo: la religion no lo olvida, pues le tiene reservado un apoyo. La confirmacion viene á sostener sus pasos inciertos y temblorosos, como el baston en las manos del viajero. Observemos, que la moral entera de la vida se encierra en el sacramento de la confirmacion. Cualquiera que tenga la entereza de confesar á Dios, practicará necesariamente la virtud; porque cometer el crimen, es renegar del Criador (1).”

El bautismo nos ha hecho hijos de la Iglesia; la confirmacion debe hacernos hijos del cielo: por ella se confirman en nosotros la fé y las virtudes necesarias para la santificacion de nuestra alma. La gracia propia de este sacramento, es darnos la fuerza y el valor de confesar alta y enérgicamente el Evangelio, y de sufrir los mas crueles tormentos por el nombre de Jesucristo. Esto se demuestra por el ejemplo de los apóstoles, á quienes el glorioso resucitado, ya próximo á subir al cielo, dijo: “Permaneced en la ciudad, hasta que seais revestidos de la virtud de lo alto (2).”

La escelencia de este sacramento, nos la revela admirablemente San Cirilo de Jerusalen. Escuchémosle dirijiéndose á los neófitos de las comarcas en que evangelizaba (3). “Habeis venido á ser Cristos, les decía, habiendo recibido el símbolo del Espíritu Santo. . . . Despues que habeis salido del baño sagrado, se os ha marcado con el crisma, porque el crisma es el símbolo con que fué untado Jesucristo, es decir, el Espíritu Santo. . . . Se os ha hecho la uncion, primero en la frente, á fin de libraros de la afrenta que el primer hombre habia merecido por su prevaricacion, y que llevaria siempre. . . . Se os ha hecho sobre el pecho, á fin de que estando cubiertos de la corona de la justicia, os podais sostener contra los lazos del demonio; porque así como el divino Salvador, despues de su bautismo y la bajada del Espíritu Santo sobre él, ha vencido á Satanás, lo mismo, despues del bautismo y la uncion mística, estando revestidos de las armas del Espíritu Santo, combatiréis contra los enemigos mas poderosos, y los destruiréis, gritándoles: “Yo lo puedo todo, por aquel que me dá la fuerza.”

San Eucherio de Leon, no desenvuelve con menos claridad esta mate-

(1) Chateaubriand. Genio del Cristianismo.

(2) Lucas, cap. XXIV, v. 49.

(3) Catec. misto, 9.

ria, é insiste principalmente sobre la virtud que tiene este sacramento para fortificar las almas. Es bueno oirlo hablar á él mismo.

“Cada uno puede decir de sí mismo, ¿qué me aprovecha despues del misterio del bautismo, el ministerio de aquel que me confirme? Aquello que exige el orden de la milicia; porque despues que un general recibe á alguno en el número de sus soldados, no solamente le imprime una marca (1), sino que le suministra, ademas, las armas convenientes. Es lo mismo á nuestro propósito, la bendicion que se dá á los bautizados; es para ellos una defensa. . . . El Espíritu Santo, que descende á las aguas del bautismo para procurarles los medios de salud, otorga con abundancia en las sagradas fuentes la gracia de la inocencia; y en la confirmacion, un aumento de la gracia.”

¿Y cómo no ha de haber aumento de gracia, cuando de este sacramento descenden sobre aquel que lo recibe dignamente, LOS SIETE DONES DEL ESPÍRITU SANTO? Enumeremos aquí estos tesoros celestiales.

EL DON DE SABIDURIA, que nos hace juzgar rectamente de todo aquello que es relativo á nuestro último fin, y que nos hace ver con un golpe de vista justo y bien apreciador todas las miserias del mundo.

Ella es la que tiene la balanza que sirve para pesar los intereses de la tierra y los del cielo: es esta sabiduría de lo alto, la que nos defiende y nos garantiza contra las iras, los vértigos y los delirios que las pasiones hacen levantar en nuestra alma; ella templá el fuego de la edad juvenil; ella mantiene la razon en la virilidad; ella reanima el desfallecimiento en la vejez. Con ella lo vemos todo, bajo su verdadero aspecto; con ella se evitan las apariencias engañosas, las locas ilusiones.

Hermana de la verdad, la sabiduría que proviene del Espíritu Santo, jamas engaña, y siempre consueta.

Cuando la prosperidad nos llega, la sabiduría nos repite: “No os envanezcáis con vuestra dicha, porque dentro de poco, no quedará de ella mas vestigio que el de un sueño vano, y pasará como la vision de una noche (2).” Mientras seais feliz, haced el bien, para que la adversidad os sea menos dolorosa y cruel cuando os venga. Si, ella os vendrá, como un ladron, en el momento en que menos la espereis. La verdadera sabiduría, es la creencia en Dios, y la verdadera inteligencia es alejarse del mal (3).”

Esta divina sabiduría nos dice: “No desecheis la correccion del Se-

(1) El santo hace alusion á la costumbre de los romanos, de marcar en la mano á aquellos que tomaban partido en sus ejércitos.

(2) Libro de Job.

(3) Idem.

ñor, ni os desesperéis porque os castiga; porque él castiga á quien ama y se compadece de él, como un padre con el hijo obediente.

“No tengais envidia al injusto, y no imiteis sus ejemplos.

“Aplicaos, ante todo, á guardar vuestro corazon, porque él es la fuente de la vida.

“La caridad encubre las faltas.

“El orgullo está siempre acompañado de confusion, y la humildad de sabiduría.

“La simplicidad de los justos, los conducirá felizmente, y los embustes de los malos, serán su ruina.

“Las riquezas no sirven para nada el dia de las venganzas de Dios; pero la justicia librará de la muerte.

“El hombre caritativo hace un bien á su alma.

“El que vive con los sabios, se hará sabio; y el amigo de los insensatos, se les parecerá.”

El espíritu de sabiduría contiene otras muchas doctrinas saludables: así, pues, si el hombre se extravía, no puede quejarse mas que á sí mismo, porque Dios ha puesto para con él la vigilancia y el cariño, que una madre para su hijo: sin duda, el camino de la vida es difícil; pero Dios ha puesto allí los ángeles para señalar los riesgos y los escollos.

San Pablo dice (1): “Jesucristo nos ha sido dado para ser nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificacion y nuestra redencion: á fin de que aquel que se glorifique no se glorifique mas que en el Señor.

“No es, pues, el espíritu del mundo el que hemos recibido, sino el espíritu de Dios, á fin de que conozcamos los dones que nos ha hecho.

“Nosotros no anunciamos las gracias de Dios con los discursos que enseña la sabiduría humana, sino con los que enseña el Espíritu Santo, trayendo las cosas espirituales, espiritualmente.”

No hay mas sabiduría que la del Espíritu Santo. Los hombres se vanaglorían de tener una á su modo, y hemos visto en el dia á los poderosos del siglo, no querer gobernar mas que con ella. En su orgullo, han dicho los emperadores y los reyes: “Nosotros podemos pasarnos sin aquel que es llamado Santísimo y Señor de las naciones: para hacer imperar la justicia, la paz y la abundancia, no tenemos mas que estender nuestro cetro sobre nuestros pueblos, y ellos serán felices, y nosotros encomiados hasta la posteridad.”

Así han hablado: sin embargo, miremos el mundo entero, y busquemos allí la verdadera sabiduría; miremos cerca y lejos de nosotros, bus-

[1] San Pablo. Epístola á los corintios.

quemos no la encontraremos en parte alguna: se diria que ha temido al estruendo de los hombres, que se ha huido al cielo. La sabiduría no existe, ni en nuestras casas, ni en los palacios de los monarcas, ni en las asambleas legislativas, ni en los campamentos militares; como los vientos que soplan del Septentrion al Mediodia, y de Poniente á Oriente, las pasiones desencadenadas ahullan por todas partes; la turbulencia, el pavor, la turbacion en todas partes.

“Los hombres espertos (1), que se han propuesto la obra de recobrar el orden, la verdad, la paz, se aniquilan en vanos esfuerzos, y parece no estrechar en sus brazos mas que vanos fantasmas que se les escapan: van y vienen, corren, sudan; y despues, cuando se encuentran y se preguntan: ¿Podremos saber si habeis encontrado alguna cosa? —Nó, nada: —¿Y vos? —Nada mas. —¿Qué hacer? —Marchemos, marchemos siempre. . . . ¿Mas adónde vamos?”

Hé aquí la marcha del mundo, el curso de los hechos, y el triunfo de la sabiduría humana.

Para nuestra dicha acá abajo, en lo alto; cristianos! no es necesaria otra sabiduría que la de allá: pidamos, pues, aquella que solo el Espíritu Santo puede otorgarnos; aquella que comienza la lista de sus dones.

EL DON DE INTELIGENCIA Ó DE ENTENDIMIENTO nos hace comprender, tanto cuanto es capaz un espíritu perecedero, las verdades eternas: estas verdades eternas son tan superiores á la inteligencia del hombre, cuanto es el cielo distante del profundo abismo de los mares. Así, el sabio que ha consagrado toda una larga vida de patriarca á estudiar dia y noche los misterios de nuestra divina religion, ayudado de la simple razon humana, sabe menos que el simple cristiano que ha recibido los dones del Espíritu Santo. Dios se revela mucho mas al corazon cándido y puro, que á la inteligencia nutrida y robustecida por la ciencia.

Con el dón de INTELIGENCIA, descendido del cielo, el pastor sabe lo bastante para conservar su salud. La profundidad de los sagrados misterios no asombra su fé; y él llegará á las regiones bienaventuradas mas fácilmente que los grandes genios del mundo, que con mucha frecuencia se poseen del orgullo. Simples cristianos con el entendimiento que el Señor nos ha dado, gozamos emociones piadosas y dulces que los sabios de la ciencia no pueden probar: sin duda nuestra debilidad, nuestra ignorancia, no puede menos que doblarse ante el gran misterio de la Santísima Trinidad, y adorar un solo Dios en tres personas: el mortal no puede comprender lo infinito. Pero en su profunda adoracion, nuestra

(1) Monseñor Dupanloup, obispo de Orleans.